TRAS LOS ARBOLES... BAJO LAS AGUAS

por Pedro Montero

Era un hombre de gustos muy personales y aquel maldito papel pintado que decoraba las paredes le desagradaba de sobremanera. Pero el alquiler del apartamento era realmente económico y, después de todo, no iba a quedarse a vivir allí toda la vida...

Debo advertirle que una de las condiciones, que aparece claramente manifestada en el contrato, es que de ninguna manera ha de sustituirse el empapelado del piso, blanquear encima ni colgar cuadros o practicar orificios que pudieran perjudicar la decoración —explicó el empleado de la agencia—. Los propietarios tienen especial interés en que se preserve el papel de las paredes tal como se encuentra. —Manifestado lo cual, le entregó la llave para que pudiera visitar el apartamento.

Se trataba de una casa antigua y bastante espaciosa. Sus dueños, habiendo tenido que ausentarse durante algún tiempo, habían decidido alquilarla a fin de que alguien se cuidara de ella, pensando seguramente que los inmuebles abandonados se deterioran con más facilidad que aquellos que albergan algún habitante, aunque éste no sea extremadamente pulcro.

Pero aquella condición de no poder sustituir el papel de las paredes, aunque comprensible en unas personas que tenían la intención de volver a vivir en la casa en un plazo más o menos lejano, resultaba una imposición desagradable, especialmente en vista de lo extravagante de la decoración.

Un bosque y un lago.

La sala de estar, que hacía también las veces de comedor, tenía cubiertas sus paredes por un verdadero y espesísimo bosque. Pero sobre el papel adherido a los muros no había árboles estilizados o esquemáticos motivos florales repetidos hasta la saciedad, como es habitual en este tipo de decoraciones, sino que los cuatro tabiques que conformaban la estancia se hallaban ocultos por un denso arbolado, pintado en forma tan realista, que el observador situado en el centro de la estancia tenía la impresión de hallarse en el claro de un bosque.

En cuanto al dormitorio, sus paredes mostraban en toda su extensión

las aguas de un tranquilo lago, y allá en el fondo de uno de los muros, precisamente en el que separaba aquella habitación del comedor podía verse en la lejanía, casi como una estrecha cinta verde oscuro, algo que semejaba los lineros del bosque que rodeaba la sala de estar.

El lecho, cuyas líneas tenían algo de bajel, permitían a la persona recostada en él hacerse la ilusión de que se encontraba navegando por las calmadas aguas del algo, alejándose o aproximándose al comedor, según la postura adoptada.

La impresión de realismo se acentuaba al contemplar el techo, decorada con nubes blancas en aquellas partes que no lo estaban por un azul que semejaba la bóveda celeste.

En realidad, Santiago no se sentía molesto por el hecho de que las paredes estuvieran ya pintadas, y admirablemente por cierto, sino que , autodidacta y con gustos muy personales en cuanto a la decoración, hubiera preferido ser él mismo quien decidiera qué motivos o cuadros debían cubrir la superficie de los muros. No obstante, en vista de lo asequible del alquiler y de la urgencia que le corría conseguir un apartamento, decidió quedarse con aquel.

Una de las principales causas que contribuyeron a que tomara la decisión de instalarse en la casa fue que, debido a que se trataba de un inmueble antiguo, y solamente de dos plantas, la segunda de las cuales estaba al parecer deshabitada, la vivienda carecía de cualquier cosa parecida a un portero, conserje o vigilante, empleados cuya presencia, si bien puede parecer conven9iente a la hora de ahuyentar hipotéticos desvalijadores de pisos, las más de las veces no son sino molestos testigos de vista e irritantes detectives privados al servicio de ninguna agencia como no se la «aurícula populi» del vecindario.

Así pues, libre de cualquier tipo de espionaje doméstico, Santiago decidió procurarse aquella misma noche una aventura de carácter sentimental.

—¡Qué oscuridad!

—Un momento —dijo Santiago que todavía no estaba familiarizado con los interruptores de la luz.

—¿Tú vives aquí? —preguntó la muchacha.

—Naturalmente.

—Podía ser la casa de un amigo.

Finalmente dio con el interruptor y la escalera se iluminó con la mortecina claridad de una bombilla.

—¡Qué tétrico! —comentó la muchacha.

Una vez en el piso, la joven preguntó por el cuarto de baño y desapareció durante unos minutos.

—¿Quién es éste?

Santiago regresó al vestíbulo donde la muchacha contemplaba un cuadro.

—No lo sé. Seguramente el dueño de la casa.

—No me gusta —sentenció ella.

—Yo soy quien tiene que gustarte, nena —repuso Santiago.

—Se parece a ti.

—¿Tú crees? —preguntó ligeramente molesto.

—Se da un cierto aire —comentó la muchacha—. ¿Y aquí qué pone?

Santiago se aproximó a la parte inferior del cuadro y leyó con cierta dificultad a causa de la débil iluminación:

—«Tras los árboles y bajo las aguas» —rezaba la leyenda inscrita en el marco.

La decoración arbórea del comedor arrancó una exclamación de los labios de la muchacha, que aproximándose a las paredes, acarició con suavidad el dibujo alejándose poco después hacia el centro de la habitación para contemplar el bosque todo en derredor.

—Siento escalofríos —comentó—. Es una arboleda tan umbría que me hiela la sangre. ¿No te impresiona vivir igual que en el claro de un bosque?

—No tengo más remedio —repuso él—. Y al fin y al cabo no es tan trágico —añadió agachándose a recoger lo que creía un papel, pero que resultó ser una hoja seca que se deshizo crujiendo entre sus dedos.

—Está bien —manifestó la joven—. ¿Dónde está el dormitorio? —preguntó mirándole de hito en hito.

—Esa habitación te gustará más que el comedor —dijo Santiago indicando una puerta.

Ella se detuvo cerca de la cama y contempló las azules aguas y, allá en la lejanía, los linderos del bosque.

—¿De veras que te gusta? —preguntó girando sobre sí misma para abarcar todo el panorama.

—Figura un lago tranquilo con sus aguas azules. Y mira el techo.

—Esas aguas me parecen siniestras —manifestó la muchacha—. Y esas nubes, aunque no lo parezcan, son nubes de tormenta. Yo me crié en un pueblo y entiendo de esas cosas.

—Ven aquí —musitó él abrazándola. Ella se mantuvo tensa mientras él la besaba y siguió contemplando las paredes.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó.

—¿Dónde?

—En el comedor.

—¿Quién quieres que haya?

—He visto una sombra a través de la puerta entreabierta.

—No hay nadie —replicó Santiago—. Compruébalo tú misma.

Salieron de nuevo al comedor, que en efecto se encontraba desierto, pero, aunque no lo confesó, Santiago tuvo la impresión de que alguien acababa de esconderse, y quizá se sintió observado desde alguna parte.

—Ya lo ves —afirmó—. Ni un alma.

Ni un alma… —repitió ella pensativa.

Regresaron otra vez al dormitorio e hicieron el amor no tan salvajemente como Santiago hubiera deseado, aunque ella procuró comportarse de tal modo que se hiciera acreedora de los emolumentos que habían fijado de antemano.

—Que lejos está todo —musitó Santiago aspirando el humo de su cigarrillo.

—¿Lo has notado? —preguntó la joven. El la miraba de manera interrogante.

—Mientras hacíamos el amor la cama se bamboleaba igual que si se tratara de una barca. Y los linderos de aquel bosque parecían alejarse —dijo ella arrepintiéndose al instante de no haber ocultado el

distanciamiento propio de costumbre.
—Yo también juraría que se ha movido —manifestó él queriendo aparecer ocurrente, pero en su fuero interno se estaba preguntando silo que creía haber notado era fruto de su imaginación o únicamente resultado de los transportes amorosos.
Pretextando lo tardío de la hora, ella comentó que tenía que marcharse y una vez en el comedor, Santiago le entregó el dinero estipulado al tiempo que decía:
—Volveremos a vernos, ¿verdad?
—No me gusta esta casa, lo siento. No quiero volver aquí.
—¿Todavía piensas que había alguien espiándonos desde el comedor?
—Conozco a más de uno que paga entrada para gozar del espectáculo.
—Te juro que en esta habitación no había ni un alma —replicó.
—De eso estoy segura —musitó ella—. Ni un alma…
En el vestíbulo, la muchacha se aproximó de nuevo al cuadro y comentó:
—Ahora se me parece más a ti. ¿Ves esta pequeña arruga justo en el entrecejo? Es igual a la tuya —dijo pasando un dedo por la frente de Santiago.
El la ayudó a ponerse el abrigo, y mientras lo hacía, sus manos rodearon casualmente el cuello de la muchacha, y una voz le susurró desde alguna parte: «Mátala».
Una vez que la joven hubo partido, Santiago se detuvo unos minutos contemplando el cuadro del vestíbulo, en cuyos labios se dibujaba un rictus en el que no había reparado antes (¿una cierta sonrisa?) y consideró absurdo parangonar su rostro con el del caballero retratado. No existía el menor parecido.
Tomó un baño caliente y, tras beber un vaso de leche, permaneció leyendo durante cerca de una hora sentado en una butaca de la sala de estar.
En cierto momento creyó que se había abierto la ventana, porque una helada corriente de aire se posó sobre sus hombros como un gélido chal de escarcha, pero los batientes continuaban cerrados, y la falleba sólidamente echada.
Poco a poco le fue venciendo el sueño; el libro resbaló de sus manos, y se quedó dormido sobre el tapete de la mesa camilla. Entonces fue cuando los cuerpos sin alma, desprendiéndose desde detrás de los árboles de aquel sombrío bosque rodearon al recién llegado en silencio y se miraron entre sí inexpresivamente, pero con propósitos muy definidos.
En medio de la noche, Santiago, con el cuello dolorido a causa de la incómoda postura, fue despertándose. Estaba aterido de frío, sus cabellos se encontraban revueltos igual que si un gran vendaval los hubiera enredado y entre las páginas del libro encontró unas briznas de hierba.
Se cepilló los dientes con desgana y al ir a echar el pestillo de seguridad, reparó nuevamente en el cuadro colgado en el vestíbulo y un escalofrío recorrió su espina dorsal. Podría jurar que el parecido entre su propio rostro y el del hombre del cuadro se hacía cada vez mayor. ¿Es posible que una pintura llegue a modificarse —pensaba—, o sería tan sólo efecto de la iluminación desfavorecedora?
Descolgando el espejo del cuarto de baño, lo colgó junto al cuadro para

verificar una más exacta comprobación, pero sospechando que no iba a gustarle el resultado de aquel parangón, no se atrevió a mirarse en el espejo y se acostó.

Apenas le rindió el sueño, creyó sentir la misma sensación que se experimenta cuando una barca se separa del muelle y, balanceándose suavemente, se dirige hacia la embocadura del puerto. Una brisa suave acarició su rostro, y Santiago se envolvió inconscientemente con las mantas mientras se sentía acunado por un suave movimiento de vaivén.

En cierto momento se revolvió inquieto y abrió un segundo los ojos percibiendo entre sus sueños que se hallaba bajo un cielo estrellado. Y en aquel mismo instante, quedó suspendida momentáneamente toda la actividad que apenas había comenzado a iniciarse en el cuarto vecino.

Al instante siguiente, Santiago volvió a sumirse en un profundo sueño, del que sin duda formaban parte la bóveda estrellada y el vaivén de las olas, y en aquel mismo punto los cuerpos sin alma reanudaron la lastimosa pugna para desentramarse de las ligaduras vegetales.

Presa de dolorosas contracciones y de retorcimientos casi inverosímiles, se fueron desprendiendo de la naturaleza vegetal. Sus miembros dejaron de ser uno con los verdes bejucos y sarmientos, sus troncos se arrancaron de los de los árboles, y sus indescriptibles pies, guadañas de sí mismos, se segaron de la verde hierba que los aprisionaba.

Tambaleándose, igual que la bestia recién nacida que en aquel mismo instante aprende a mantenerse en pie, los cuerpos sin alma se detuvieron brevemente deseosos de poner los ojos en blanco a causa de los inverosímiles tormentos necesarios para desprenderse de la engañosa decoración, pero sus cuencas, que ojalá hubieran estado vacías, no permitían que aquella nauseabunda masa adoptara aquel gesto con que los verdaderos humanos expresan el más amargo sufrimiento.

Uno a uno se fueron congregando en el vestíbulo rodeando el cuadro, y con lo que quizá pudieran calificarse de gemidos lastimeros, rindieron extraña pleitesía al señor de la casa allí representado, y observaron no con los ojos, puesto que en su lugar palpitaba una gelatinosa y babeante masa, que los rasgos de su dueño y señor iban difuminándose para dar paso a los del nuevo habitante de la casa.

Cuando se despertó por la mañana. Santiago se sentía muy débil y, dirigiéndose al cuarto de baño con la intención de examinar el estado de su rostro, que suponía muy pálido, recodó que había colgado el espejo en el vestíbulo.

Sin atreverse siquiera a contemplar el cuadro, emplazó el espejo en su lugar habitual y comprobó que, en efecto, bajo sus ojos había sendos cercos de intensa lividez, lo que contribuía quizás a acentuar lo pálido del color de su tez. Su estómago, además, se encontraba revuelto, y todo su cuerpo se tambaleaba al andar, como el de aquel que, no estando acostumbrado, desembarca después de un prolongado paseo en bote.

De pronto, una idea cruzó por su mente, una intuición y encaminándose al dormitorio, abrió la puerta de par en par: el lecho con forma de bajel, varado en medio de la estancia, con las sábanas revueltas al igual que velas arriadas le recordó la nocturna y soñada singladura cuyo decurso

había interrumpido al despertar con el estómago revuelto. Y seguro de que iba a encontrar lo que buscaba, alzó las mantas y tanteó debajo de la cama, precisamente junto a las barras que sostenían el somier. Allí estaba, como había sospechado: tallados en madera blanca y después suavemente torneados, sujetos a los bajos del lecho, había dos remos.

—El otro día no estaba aquí este espejo.

—Lo cuelgo ahí de vez en cuando para ver si es verdad, como dijiste, que me parezco al personaje retratado.

—Compruébalo tú mismo —repuso la muchacha—, no es porque yo lo diga, pero para mí que sois parientes cercanos.

—Cada vez más cercanos —musitó él.

—¿Qué…? ¿Y dices que es el dueño del apartamento?

—Lo imagino tan sólo.

—Es curioso —comentó la joven con gesto de evocar un recuerdo—. Yo tenía una compañera de la que se enamoró un argentino, y tanto la quiso que se casó con ella. Y a ves tú —prosiguió melancólica— al cabo de unos meses nos volvimos a ver ya hablaba exactamente como su marido, se le había contagiado el acento.

—¿De veras?

—Con esto quiero decirte que debe ser verdad eso de la gran fuerza de los sentimientos —intentó ironizar, pero sin conseguirlo—. El cariño hizo que se aficionara a los gustos de él, pero lo del acento…

—La voz tiene mucho poder. Quién sabe de dónde surge, aunque la gente cree que de la garganta —comentó Santiago pensativo.

—¿Y no es verdad?

—En absoluto. La palabra es como un líquido que se vierte por el embudo del oído y va a caer directamente dentro de las almas, que es de donde ha surgido.

—¿Y los desalmados? —preguntó la muchacha distraídamente.

—Esos no tienen voz —repuso lúgubre Santiago.

—¿Quiere decirse, entonces, que aquellos que carecen de voz, por ejemplo, los mudos, tampoco tienen alma?

—Al contrario. Más bien podría decirse que la palabra en ellos se ha metamorfoseado. Los sordomudos, por ejemplo, emiten palabras con los dedos, sacudiéndoselas, como si con las manos continuamente recién lavadas, nos salpicaran con una lluvia de vocablos que nos empapa el ojo, que es un paraguas que en vez de rechazar los aguaceros los recibe con liberalidad y los filtra hasta el alma, la cual se comunica con los otros a través de los sentidos.

—Entonces en mi oficio no puede haber gente desalmada, porque yo empleo continuamente los sentidos al hacer el amor. Por ejemplo, contigo. Me gusta verte, tocarte, gustarte… ¿Cómo puede haber gente tan cruel que nos llama desalmadas?

—Hablan por boca de ganso, o son como esas aves que aprenden a

articular palabras sin saber lo que dicen. Así, lo mismo que los loros, que como no tienen alma, emiten los vocablos desde la garganta, esas personas, si es que tienen espíritu, lo tienen tan petrificado que son incapaces de vibrar alegremente para formar palabras. Esas gentes hablan con la garganta.

—Es curioso —comentó la muchacha mientras fijaba sus ojos en el cuadro—. Está tan bien pintado que es como si en un momento a otro fuera a hablar.

—No creo que pudiera —repuso Santiago esquivando la mirada del personaje representado en el lienzo—. Y… —se interrumpió.

—¿Qué?

Santiago enrojeció al advertir que el aire permanecía estancado en sus pulmones. Durante unos instantes no pudo articular palabra, y realizando un gigantesco esfuerzo, consiguió finalmente decir:

—Nada.

—Es curioso —comentó la muchacha—. Durante estos instantes en que has permanecido callado he notado como si el señor del cuadro se pareciera más a ti. Ha sido como un salto.

Santiago seguía confuso sin atreverse todavía a creer que, mientras momentáneamente había perdido el uso de la palabra, una voz, no surgida del alma, sino de una garganta, y ni siguiera humana, le había susurrado con urgente insistencia: «Mátala, mátala».

—Tienes razón —comentó él ofreciendo una copa a la muchacha—. No me gusta esta casa. AL principio me pareció curiosa por la decoración, y debo confesar que el precio del alquiler es sumamente barato, pero ahora me siento inquieto en ella…

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la joven.

—¿El qué?

—Me ha parecido ver como si un viento agitara las copas de los árboles.

—Se trata de árboles pintados —dijo Santiago intentando tranquilizar a la muchacha.

—Ya lo sé, y sin embargo… Es como si alguien estuviera espiándonos desde detrás de esos inmensos troncos— repuso ella abandonando los brazos de Santiago—. Tenía esa misma sensación en… bueno, en una casa donde trabajé, hasta que descubrí que la jefa alquilaba a algunos pervertidos sitios detrás de un espejo trucado, que gozaban mirándome hacer el amor con un hombre.

—Pobrecillos…

—Qué generosidad la tuya… Aunque quizá tengas razón; pobrecillos. Gozando por delegación y condenados, Dios sabe por qué, a esconderse continuamente detrás de los espejos… Eso no es vida. Qué tristeza.. ¿No has oído un gemido de dolor? —preguntó la muchacha poniéndose tensa de repente.

—Ha sido el viento fuera —repuso Santiago no muy convencido.

—«Tras los árboles y bajo las aguas» —rememoró ella.

—Ignoro lo que significa. Respecto a lo que me has dicho de tu amiga la argentina… Sospecho que las identificaciones pueden no ser sólo consecuencia del amor, sino también del odio.

—¿Del odio? —repitió la muchacha.

—Claro —manifestó Santiago—. Del mismo modo que tu amigo, de

manera inconsciente, ha llegado a imitar el acento de su esposo, cosa que puede ser considerada como un acto de amor, así también, hay quien adopta el tono de hablar de otra persona o remeda sus gestos únicamente par burlarse de ella, en el mejor de los casos.

—¿Y en el peor? —preguntó la joven.

—El peor de los casos puede ser el vudú, por ejemplo, en el que se llevan a cabo ciertas prácticas de hechicería sobre una imitación del individuo. Por eso temo…

—¿Qué es lo que te asusta?

—No lo sé con certeza, pero no resulta tranquilizador darse cuenta de que alguien, el protagonista del cuadro en este caso, está imitando mi rostro.

—¿De veras no es pariente tuyo?

—Temo que aspira a serlo por vía de una fatídica adopción, cuya naturaleza no se me alcanza de momento.

—No te entiendo.

—Es… —quiso decir Santiago, pero de nuevo el aire se estancó en sus pulmones y su garganta permaneció a la espera del necesario soplo que es la vía por donde circulan las palabras. Su barbilla tembló a causa del esfuerzo, y sus labios adoptaron la forma conveniente para modular el sonido, que hasta después de unos segundos que le parecieron horas, no surgió de su laringe.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—… Nada —consiguió articular él dificultosamente, y temiendo que la muchacha le hiciera una nueva pregunta, y que la voz no acudiera a sus labios, la besó con desesperación.

Entonces fue cuando, por tercera vez, una voz desalmada susurró a sus espaldas: «Mátala, mátala».

Apartando las sábanas con verdadera rabia, Santiago casi arrojó a la joven sobre la cama y comenzó a abrazarla apasionadamente, y ella, que a fuerza de entregarse había ya aprendido a adoptar los gestos del amor y a lanzar suspiros de fingido placer, experimentó por vez primera en muchos años la doliente dulzura de lo verdadero.

Así embarcados en el furioso combate del amor, no advirtieron que el bajel sobre el cual se debatían abandonaba la orilla y adaptando sus necesarios balanceos a los de su propios cuerpos, se fue adentrando en la inmensidad de las aguas azules.

Y apenas el flotante lecho se alejó de las costas de la sala de estar, todo el bosque pintado en las paredes fue agitado por una ráfaga de viento helado, y detrás de las formas vegetales comenzaron a desentumecerse otras formas, que, en puridad, no podrían ser calificadas como formas de vida, sino, más bien, como formas de muerte.

Los mudos y desalmadas cuerpos, sometiéndose a los torturadores esfuerzos imprescindibles para recobrar, tan sólo momentáneamente, su propia identidad, fueron desentramándose en la engañosa floresta. El inmensísimo dolor provocado por los inverosímiles retorcimientos y las desconyuntantes posturas, hubieran provocado lastimeros ayes de sufrimiento si la voz pudiera todavía acudir, desde el negro agujero que había dejado la ausencia de sus almas, hasta la corroída garganta y los inexistentes labios.

Así y todo, se oía como un rechinar de dientes, aunque no los había, y un tabletear de descarnados huesos puestos al descubierto. Las hórridas figuras, en lentísimo y lúgubre ballet, y a fuerza de increíbles contorsiones, conseguían arrancarse a sí mismas del denso boscaje e iban poniendo pie, por decirlo de forma comprensible, sobre el suelo de la sala de estar.

Una vez congregados, los espantables cuerpos sin alma, formando un semicírculo, en cuyo centro se encontraba el cuadro del vestíbulo, se hincaron de rodillas, si así pudiera semejante postura ser descrita, y adoraron con temblorosos movimientos el retrato del dueño de la casa, cuyos rasgos, ya casi difuminados, dejaban paso al rostro del último inquilino.

Ajeno a cuanto sucedía en la sala de estar, Santiago continuaba navegando furiosamente sobre el cuerpo de la muchacha, cuando, de pronto, al arribar al puerto del placer, advirtió que se encontraba muy lejos de la orilla. EL bajel-cama se balanceó peligrosamente, y el azul cielo se tornó oscuro borrascoso.

Santiago se incorporó espantado y vio que estaba rodeado de procelosas aguas que comenzaban a picarse a causa de las furiosas ráfagas de viento que se cernían sobre aquel dormitorio de pronto convertido en lago.

Las sábanas eran agitadas por el huracán como velas desprevenidas que unos segundos antes se hubieran encontrado al pairo. La cabecera, cual roma proa, recibía de plano la fuerza de las olas y se sumergía peligrosamente a cada embate. La cama toda, o el bajel, se encontraba a merced de la tormenta inexplicable en aquel pintado lago.

De súbito, como sumándose a los silbidos de las ráfagas huracanadas, una voz que no podía serlo, un grito desalmado, un alarido exánime clamó junto al oído de Santiago: «Mátala, mátala».

El intentó zafarse de aquella incomprensible e inhumana articulación. Miró a la muchacha y vio que, espantada, se asía fuertemente a los costados de la increíble nave.

«Mátala, mátala», repetía átonamente aquella mugiente ráfaga y la siguiente racha del vendaval sugirió: «Aplaca la tormenta. Aquieta las furiosas aguas. Sacrifica a una nueva Ifigenia».

Ya a punto casi de naufragar, Santiago fijó su mirada en la joven, agazapada y con la cabellera revuelta por los dedos del viento. Sus manos descendieron hacia ella, y con súbita furia, intentó separar a la muchacha del navío haciendo fuerza para desenclavar sus dedos que se asían a las barras metálicas de la cabecera.

Ella se resistió, pero Santiago, dotado de un ímpetu infernal, fue doblando los dedos de la joven hasta descoyuntarlos y partirlos, y cuando ya tan sólo el índice y el pulgar de la mano derecha sostenían a la aterrorizada mujer, la empujó brutalmente, consiguiendo que la infeliz se precipitara en las procelosas aguas que la acogieron con avidez.

No satisfecho con abandonarla a aquel cruel destino, Santiago sujetó la cabeza de la joven y la mantuvo sumergida hasta que los dedos de ella, que habían vuelto a engarfiarse ene l bajel, a pesar del horrible descoyuntamiento a que habían sido sometidos, perdieron fuerza y se desasieron. En aquel mismo instante el cuerpo de la muchacha se hundió

bajo las aguas, que, casi al punto, se tranquilizaron aquietándose como por ensalmo. El viento se calmó y las tormentosas nubes se rasgaron, alejándose hacia los confines del horizonte y dejando paso a un cielo pintado de azul.

Recordando el emplazamiento de unos útiles que nunca pensó que podrían ser usados, Santiago sumergió sus manos bajo los costados de la cama-bajel y extrajo los dos remos, y sujetándolos a sendos pivotes soldados a los largueros del lecho, remó con todas sus fuerzas hacia la casi invisible línea oscura que constituía los linderos del bosque.

Bogó y bogó desesperadamente, hasta que en recompensa a sus esfuerzos y sin saber exactamente cómo, se halló súbitamente en tierra firme, si de tal modo pudiera ser calificado el piso de la alcoba.

Desembarcó del lecho con pie vacilante, considerando que ya se encontraba a salvo y se precipitó hacia la puerta del comedor con el firme propósito de abandonar definitivamente aquella casa, ignorante de que, del mismo modo que los parientes y amigos esperan ansiosamente a quien acaba de desembarcar , así también, aunque muy diferentemente, era esperado él por los que ya se consideraban familiares suyos en virtud de un incomprensible rito de adopción.

Apenas traspasada la puerta de la sala de estar, se vio rodeado por la más horripilante cofradía de cuerpos sin alma que, alegrándose por su arribada, creían sonreírle, cuando lo que se dibujaba en sus siniestros rostros no era sino una demoníaca mueca sin sentido.

De igual modo que, en ciertos puertos de la tierra, los nativos reciben a los recién llegados colgando de sus cuellos hermosos collares de flores, así también, los macabros cuerpos sin alma se colgaron del cuello de Santiago y rodearon su garganta con pintadas lianas y bejucos, que sin remedio iban estrangulándole.

Bailando a su alrededor con torpes y vacilantes movimientos, se fueron internando en el vegetal entramado de los muros y arrastraron consigo al infeliz inquilino, el cual, una vez que se vio oprimido contra la pared, pensó que iba a perecer aplastado, pero el destino le guardaba una última sorpresa, porque, poquito a poco, al mismo tiempo que su alma se iba desprendiendo, su cuerpo fue entrando en la pintada selva sin más dificultad que la de sufrir horrendos dolores y una diabólica transformación.

Cuando tan sólo una mano sobresalía de la fingida y vegetal pared, el alma huyó definitivamente de aquella ominosa región donde tan sólo los cuerpos pueden permanecer, y aún así a costa de resultar para siempre ya irreconocibles. El que había sido Santiago se integró en la corteza de los árboles, se fundió entre la pérfida floresta y hundió sus raíces entre la verde y venenosa hierba. Y, como el resto de sus cadavéricos acompañantes, deseó con el vacío y negro hueco que había dejado su alma, que otro nuevo inquilino arrendara la casa, a fin de obtener la posibilidad, aún por breves momentos, de abandonar aquel infierno verde.

A los pocos instantes de estos extraños, pero no por eso menos ciertos sucesos, el piso volvía a recuperar su apariencia habitual. El cuadro del vestíbulo mostraba el busto de un desconocido caballero, seguramente el dueño de la casa, la cama yacía inmóvil en medio de la pintada alcoba, y

los árboles dibujados con asombrosa fidelidad sobre el papel del comedor, habían adquirido un cierto aspecto amable.

No obstante, en el fondo de la bañera, repleta de agua hasta los bordes, yacía el cuerpo sin vida de una joven ahogada.